

XLI

FONTAINEBLEAU

El jueves 11 de noviembre de 1852, el Príncipe Presidente salió de Saint-Cloud para dirigirse á Fontainebleau, donde se proponía residir algunos días, recibiendo allí á cierto número de convidados. Llegó á las tres de la tarde, acompañado de M. Aquiles Fould, ministro de Estado; del general Roguet, primer ayudante de campo; del duque de Caumont-Laforce, senador; del general Vaudrey, gobernador de los palacios nacionales; del teniente coronel Fleury y del barón de Pierres, que desempeñaban las funciones, el uno de caballerizo mayor y el otro de segundo. Los obsequios que se le dispensaron pueden dar idea del género de adulaciones ditirámicas de que entonces era objeto. En el momento de apearse del tren, el alcalde de Avón le dijo: «Príncipe, el pueblo de Avón se felicita de tener la estación de Fontainebleau en su propio territorio, porque esto le proporciona el privilegio de ser presentado á V. A. I. y de unir su débil voz á ese inmenso concierto que os saluda desde todos los puntos de Francia. Por obscuro que sea, no desdeñaréis este homenaje, porque sois amigo de los pequeños y de los pobres, porque amáis particularmente al pueblo de la campiña, y cuando se presenta á V. A. con su ingenua sencillez, os complace tanto como la ciudad con sus magníficos honores.»

El 6.º regimiento de húsares, mandado por el coronel Edgardo Ney, estaba alineado en batalla en el patio de la estación y escoltó al príncipe, que recorrió á caballo el trayecto desde la estación al palacio. A la entrada de la ciudad se había levantado un gran arco de triunfo, ante el cual se detuvo. Fontainebleau tenía entonces por alcalde al general conde Heraclio de Polignac, pariente cercano del ministro de Carlos X. El general pronunció el siguiente discurso: «Monseñor, la ciudad de Fontainebleau se felicita de recibir á V. A. I. en el momento solemne en que van á cambiar los destinos de Francia, y repite, con entera convicción, que el Imperio es la paz, añadiendo que también es la prosperidad y la gloria, no la gloria de las conquistas, sino la que dan las buenas instituciones y el amor de los pueblos. Hoy, Monseñor, la ciudad de Fontainebleau no tiene más que un solo deseo, y es que después de haber sido la última en saludar el Imperio, sea de las primeras en saludar á Napoleón III emperador.» El arcipreste Charpentier, rodeado del clero, fué más lírico aún en su discurso: «La religión y la justicia, dijo, son los dos rieles del camino huma-

no; hemos temido un instante ver estas líneas saludables, profundamente arraigadas en el suelo francés, arrastradas por el torrente de las revoluciones; pero Dios protege la Francia, y cuando la nave del Estado se hallaba á punto de hundirse en los abismos, la Providencia os ha traído para sostenerla. Vuestro advenimiento al trono imperial será, pues, para todo el pueblo, motivo de gran



Palacio de Fontainebleau. - Patio de la Despedida

satisfacción, y el día en que su voz agradecida haya ceñido la diadema en vuestra augusta frente, la Iglesia entonará un himno de alegría y de esperanza: ¡Gloria á Dios en las alturas del cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Veinticinco jóvenes vestidas de blanco ofrecieron canastillos de flores y de frutas al príncipe, que prosiguió su marcha muy lentamente á causa de la multitud. Los ramos caían de todas las ventanas, y en todas las casas había colgaduras. A las cuatro, el cortejo llegó ante la verja del palacio, y el príncipe atravesó el célebre patio de la Despedida, donde le parecía ver aún á Napoleón abrazando al general Petit y estrechando el águila sobre su corazón. Después, subiendo la escalera de la Herradura, entró en sus habitaciones, las mismas que su tío había habitado.

Al día siguiente, 12 de noviembre, los invitados llegaron de París en tren especial; entre ellos se hallaban la princesa Matilde, el príncipe Napoleón; el general de Saint-Arnaud, ministro de la Guerra; M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, con su señora; lord Cowley, embajador de Inglaterra, con su esposa; M. de Maupás, ministro de Policía; el general Magnán, con su

familia; la marquesa de Contades, hija del general de Castellane, y la condesa de Montijo con su hija Eugenia. Nadie sospechaba aún que tres meses después la joven y brillante española sería emperatriz de los franceses. Madre é hija fueron alojadas modestamente en el palacio, en el ala Luis XV, donde ocuparon en el segundo piso unas habitaciones con vistas al jardín inglés.

El 13 de noviembre hubo gran cacería en el bosque, señalándose como punto de reunión Belle-Croix. Desde el punto de vista pintoresco, no hay nada superior al bosque de Fontainebleau, iluminado por un radiante sol de otoño. Los árboles tienen un no sé qué de fantástico; junto á las hojas verdes aún brillan otras rojas como la sangre, ó bien amarillas como el oro, y el conjunto ofrece un espectáculo que tiene algo de apoteosis, algo de mágico. En medio de aquel cuadro maravilloso, la señorita de Montijo montando un caballo de las cuadras del príncipe, aparecía como una intrépida amazona; siguió la caza con una osadía admirada de todos los caballeros, y por la noche se efectuó la marcha de las antorchas en aquel magnífico y gracioso patio oval en cuyo extremo se eleva el bautisterio de Luis XIII.

El príncipe se felicitaba de poder enseñar á una joven muy admirada de él aquellas dos obras maestras de la naturaleza y del arte, el bosque y el palacio de Fontainebleau. No creemos que haya en todo el mundo un bosque que tenga más encanto, más poesía que aquel que inspiró á tantos célebres paisajistas; y en cuanto al palacio, es seguramente la más interesante, la más variada y fantástica de las residencias imperiales ó reales: todas las épocas, desde San Luis hasta nuestros días, están representadas allí por admirables muestras de arquitectura, de arte decorativo y de muebles. Para poner en la mejor luz la belleza de una mujer, ¡qué cuadro era aquel castillo donde brillaron tantas damas encantadoras y donde las imaginaciones ardientes evocan tan grandes recuerdos! ¿No se creería ver, cuando se recorren las galerías de Francisco I y de Enrique II, á las heroínas de la corte de los Valois, á las damas de honor de Catalina de Médicis, á la radiante María Estuardo y á la seductora Diana de Poitiers? ¿No es el castillo como un lugar frecuentado por las sombras de las princesas y de las favoritas de otro tiempo? Como rendía culto á la memoria de María Antonieta, la señorita de Montijo quiso visitar las habitaciones que habían pertenecido á la reina mártir en el tiempo de sus esplendores: el salón de las damas de honor, el salón de música, su gabinete, con la inicial de su nombre incrustada en el suelo de caoba maciza, y su alcoba, aquella pieza que se ha llamado el aposento de las cinco Marías en recuerdo de cinco soberanas que le ocuparon: María de Médicis, María Teresa, esposa de Luis XIV, María Antonieta, María Luisa y María Amelia. Al detenerse allí, muy conmovida, ¿presentiría la señorita de Montijo que aquel aposento legendario sería muy pronto el suyo?

Los cuatro días que los invitados del príncipe residieron en Fontainebleau se pasaron muy agradablemente. Almorzaban y comían en aquella brillante galería de Enrique II, donde la arquitectura y las artes decorativas del siglo xvi

no tienen igual en cuanto á esplendor y elegancia. ¡Qué hermosa es aquella galería de las fiestas, con sus gigantescas ventanas, cinco al jardín y otras cinco al patio oval, su techo dividido en artesones octágonos perfilados sobre fondo de oro y plata, su rico entarimado, su chimenea monumental, su tribuna para los músicos, y sus paredes adornadas de tableros de encina con cifras y emblemas de oro hasta la altura en que se desarrollan con sus brillantes colores los frescos mitológicos pintados, según los dibujos de Primaticio, por Nicolás dell'Abbate! Por la noche, en los salones inmediatos á la galería, se hablaba, bailábase algún vals, y varios convidados representaban una charada dirigida por Saint-Arnaud.

El domingo, 14 de noviembre, oyeron misa en la capilla del castillo, aquella capilla de la Santísima Trinidad, edificada en tiempo de Francisco I en el sitio que ocupaba el oratorio de San Luis. Entre las columnas del altar se veían en sus nichos las estatuas de mármol de Carlomagno y de San Luis, y sobre ellas cuatro ángeles de bronce, atribuidos á Germán Pilon. El altar está sobrepuesto de las figuras colosales de dos ángeles que sostienen los escudos de Francia y de Navarra. Enfrente, en el otro extremo del santuario, se halla la tribuna con las armas de los Borbones y de los Médicis. En esta capilla, donde se había celebrado el casamiento de Luis XV con María Leczinska, fué donde se bautizó al futuro Napoleón III.

El 14 de noviembre era la víspera de San Eugenio, patrón de la señorita de Montijo. El príncipe la ofreció un ramo, regalándole además el caballo que había montado en la cacería y cuyas finas formas y buenas condiciones pudo apreciar la joven amazona. Durante cuatro días Luis Napoleón manifestó á la señorita de Montijo las más respetuosas consideraciones, pero sin ninguna afectación, y nadie sospechó que tuviese la idea de pedir muy pronto su mano.

El príncipe no quiso salir de Fontainebleau sin distribuir limosnas á los pobres. Visitó el hospicio, la escuela de hermanos, la de hermanas y la de huérfanos, dejando en todos estos establecimientos señales de munificencia; y de su caja particular dió doscientos mil francos para la reedificación de la iglesia parroquial. El martes, 16 de noviembre, marchó á París con sus convidados.

En la noche del mismo día todos volvían á verse en la Opera Cómica, donde se daba una representación especial, que fué como la continuación de la *serie* de Fontainebleau, ejecutándose después del *Dominó Negro* una cantata titulada *Canto del porvenir*, letra de Méry y música de Adolfo Adam. La lisonja tomaba todas las formas para exaltar al que ya era emperador de hecho.

Unas estrofas en honor de la reina Hortensia, la artista coronada, conmovieron el corazón de su hijo. Al fin de la representación se levantó el telón de fondo, y vióse una decoración que representaba el Louvre concluído.

Luis Napoleón ha sido castigado, cualquiera que sea el día ó la hora, partid de todos los puntos á la vez para ir al lugar de reunión convenido entre varios grupos, y desde aquí marchad juntos sobre los cantones, los distritos y las prefec-

XLII

EL IMPERIO

Luis Napoleón había conseguido que el país se acostumbrara á la idea de resucitar el Imperio por una hábil graduación. Comenzó por hacerse llamar Presidente de la República, después Príncipe Presidente, y después le trataron de Monseñor y de Alteza, antes de darle los títulos de Señor y de Majestad. No hallando resistencia ni en el interior, ni en el extranjero, ya no necesitaba más que alargar la mano para coger la corona. Poco antes de que se hubiese convocado al pueblo en sus comicios para cambiar la forma de gobierno, dirigía al Senado, el 4 de noviembre, un mensaje en que decía: «En el restablecimiento del Imperio el pueblo ve una garantía para sus intereses y una satisfacción para su orgullo; este restablecimiento afianza los primeros y asegura el porvenir, cerrando la era de las revoluciones y consagrando más aún las conquistas del 89. Satisface su justo orgullo porque, elevando de nuevo con libertad y reflexión lo que treinta y siete años hace la Europa entera derribó por la fuerza de las armas en medio de los desórdenes de la patria, el pueblo venga noblemente sus reveses sin hacer víctimas, sin amenazar ninguna independencia, sin perturbar la paz del mundo. No se me oculta, sin embargo, todo cuando hay de temible en aceptar hoy y ceñir mañana la corona de Napoleón; pero mis inquietudes disminuyen al pensar que, representando por tantos títulos la causa del pueblo y la voluntad nacional, la nación sería la que, elevándome al trono, se coronaría á sí propia.»

La fecha del plebiscito se fijaba para los días 21 y 22 de noviembre. Del resultado no había dudas para nadie, pues era una simple formalidad que no debía promover en el país ninguna especie de discusión.

Tan sólo había oposición verdadera entre los refugiados políticos de Londres y de Jersey; pero hay horas en que los gobiernos se ven tan favorecidos por la suerte, que hasta los ataques dirigidos contra ellos no sirven más que para fortalecerlos. Lejos de impedir la publicación de los manifiestos de los refugiados, Luis Napoleón mandó insertarlos en el *Moniteur* del 15 de noviembre, en el mismo lugar de los documentos oficiales. El *Comité revolucionario* de Londres se expresaba así: «La democracia ha debido imponerse algunos meses de espera y de sufrimiento antes de castigar al bandido que mancha nuestro país, á fin de reorganizarse á pesar del terror bonapartista..... Apenas sepáis que el infame



El conde de Chambord

turas, á fin de encerrar en un círculo de hierro y de plomo á todos los traidores que prestando juramento se han hecho cómplices de su amo. Purgad de una vez á Francia de todos los bandidos que alimenta y que la corroen.»

El manifiesto de los desterrados demócratas socialistas de Francia, residentes en Jersey, lleva, entre otras firmas, la de Víctor Hugo, cuyo estilo se reconocía en el documento fácilmente. «M. Bonaparte, se decía, considera que ha llegado el momento de titularse *Majestad*, y no ha restablecido un Papa para dejarle ocioso: quiere ser consagrado y coronado..... Amigos y hermanos, ante ese gobierno infame, negación de toda moral, obstáculo á todo progreso social; ante ese gobierno constituido por el crimen, y que debe ser derribado por el derecho, el francés digno del nombre de ciudadano no sabe, ni quiere saber, si hay en

alguna parte escrutinios aparentes, comedias de sufragio universal y parodias de llamamiento á la nación. No se informa de si hay ó no un rebaño que se titula Senado y delibera, y otro que se llama pueblo y obedece; ni tampoco pregunta si el Papa consagrará en el altar mayor de Nuestra Señora al hombre que, no dudéis esto, porque es el porvenir inevitable, será atado al poste por el verdugo. En presencia de M. Bonaparte y de su gobierno, el ciudadano digno de este nombre no hace más que una cosa, ni tiene más cosa que hacer: cargar su fusil y esperar la hora.»

El *Moniteur*, después de reproducir este manifiesto, añadía: «Sensible es ver un príncipe, que soporta noblemente su desgracia, llegar también, por un sentimiento exagerado de lo que considera su deber, á negar el derecho del pueblo de elegir un gobierno.» Y el diario oficial reproducía el manifiesto del conde de Chambord, escrito en Frohsdorf y fechado el 25 de octubre de 1852. He aquí la conclusión de este documento: «Me debo á mí mismo, y debo á mi familia y á mi patria, protestar altamente contra combinaciones engañosas y llenas de peligros. Mantengo mi derecho, que es la más segura garantía de los vuestros, y tomando á Dios por testigo, declaro á Francia y al mundo que, fiel á las leyes del reino y á las tradiciones de mis abuelos, conservaré religiosamente hasta el último suspiro el depósito de la monarquía hereditaria, cuya custodia me ha confiado la Providencia, y que es el único puerto de salvación donde, después de tantas tempestades, esta Francia, objeto de todo nuestro amor, podrá encontrar al fin el reposo y la dicha.»

Escrito en noble y grave estilo, con gran moderación de pensamiento y de lenguaje, este manifiesto tenía un carácter puramente académico y no era la obra de un conspirador. El conde de Chambord estaba muy lejos de intentar nada semejante al movimiento armado de 1832. Esta tentativa de su madre, la duquesa de Berry, debía ser el último esfuerzo del partido legitimista desde el punto de vista de la acción. Veinte años más tarde, la misma Vendée había llegado á ser imperialista, y no se hubiera encontrado nadie para una insurrección en nombre de la bandera blanca.

El plebiscito de los días 21 y 22 de noviembre excedió á las esperanzas de los partidarios del Imperio. De 8.140.060 votantes, 7.824.189 votaron en pro y 253 145, en contra. El 1.º de diciembre, los individuos del Senado y del Cuerpo legislativo llevaban á Saint-Cloud al nuevo emperador este resultado; y con tal motivo Luis Napoleón pronunció un discurso que terminaba así: «Ayudadme todos á sentar sobre esta tierra trastornada por tantas revoluciones un gobierno estable que tenga por bases la religión, la justicia, la probidad y el amor de las clases que sufren. Recibid aquí el juramento de que nada omitiré para asegurar la prosperidad de la patria, y de que, manteniendo la paz, nada cederé de lo que corresponde al honor y dignidad de Francia.» Al día siguiente, 2 de diciembre, el nuevo régimen se inauguraba en todo el Imperio.

Por la mañana, Napoleón III firmó en el castillo de Saint-Cloud un decreto

que ascendía á los generales de Saint-Arnaud, Magnán y de Castellane á la dignidad de mariscales de Francia; y á mediodía salió de dicho palacio á caballo, escoltado por el 12.º de dragones y por la división de caballería de reserva, carabineros y coraceros, para hacer una entrada solemne en París. A la una oíase el estampido del cañón y el redoble de los tambores, anunciando que el emperador acababa de llegar al arco de triunfo de la Estrella y pasaba bajo la gigantesca bóveda de aquel monumento consagrado por su tío á la gloria del ejército francés. En el mismo instante un rayo de sol atravesando las nubes iluminó el cielo, y el nuevo soberano recorrió en medio de las aclamaciones los Campos Elíseos, la plaza de la Concordia, el jardín de las Tullerías, y siempre á caballo, seguido de su escolta de caballería, atravesó el pabellón del Reloj para pasar revista en la plaza de las Tullerías y en la del Carrousel á las tropas de todas armas que, formadas allí, le saludaron con ruidosos *vivas*. Varias damas, entre otras la condesa de Montijo y su hija, habían sido invitadas á contemplar aquel espectáculo desde las ventanas altas del palacio. Abd-el-Kader asistía también. Después de la revista, el emperador subió á las grandes habitaciones, nuevamente restauradas, cuyas magnificencias admiraba todo el mundo, y llegado á la sala de los Mariscales, se presentó en los balcones, que daban uno al jardín y el otro al patio. En el mismo instante, el mariscal de Saint-Arnaud, rodeado de los generales, en la plaza de las Tullerías, leía al ejército la proclama del Imperio; y el conde de Persigny, ministro del Interior, acompañado del general de Lawœstine y de su estado mayor, leía á la guardia nacional en la plaza de la Concordia. Al cerrar la noche, los edificios públicos y muchas casas particulares se iluminaron, y después hubo gran recepción en el palacio de las Tullerías. La propaganda napoleónica, imprudentemente desarrollada primero por los liberales en tiempo de la Restauración, y después por el gobierno de Julio, daba sus frutos; la predicción de M. Thiers se cumplía; el conspirador de Estrasburgo y de Boulogne, el prisionero de Ham, realizaba su sueño: el Imperio se había constituido.